

Laudatio en Santander Remembering Fernández Alba

Luis Fernández-Galiano

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA recibió la Medalla de Honor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo el 31 de julio de 2001, y aquí se transcribe la laudatio de Luis Fernández-Galiano, que al no haber sido redactada previamente conserva un tono coloquial y una coloración impresionista que acaso transmite bien el carácter del personaje, complementando así el balance de su carrera publicado en Arquitectura Viva **180** como introducción a la conversación con el arquitecto que todavía puede verse en Netflix.

Hace unos días se ofrecía aquí el Premio Menéndez Pelayo a Miguel León-Portilla, y se subrayaba que no era aquella la distinción más importante que recibía el galardonado. Hoy habría que decir lo propio: Antonio, seguro que no es esta la distinción más importante que recibes. Pero déjame que me atreva a pensar que es la más apropiada; la más apropiada para alguien que ha hecho de la arquitectura un ejercicio de pensamiento y de reflexión.

Regresas a esta península de la Magdalena y a este palacio que ha sido tu casa en tantas otras ocasiones, desde aquel ya lejano 1953, en que viniste por primera vez acompañando una pionera exposición de arte abstracto que había organizado José Luis Fernández del Amo, y para participar en el primer curso de arte abstracto que se impartió tras la guerra, con Ramón Molezún, los hermanos Saura, Millares y tantos otros amigos artistas y arquitectos. Han pasado muchos años y has regresado muchas veces; algunas conmigo, como en los años 1983 y 1984, con Santiago Roldán de rector. Con José Luis García Delgado ya a los mandos de la institución, volvimos a este palacio, un palacio de palabras, y a esta península, una península de pensamientos y presencias, contruidos ambos con los pasos que se han cruzado y las voces que en ellos se han oído durante el último medio siglo.

Cuando el rector me ofreció el honor y el privilegio de elogiar a Fernández Alba en público, me sentí a la vez agradecido y presa del pánico, porque el aspecto tan juvenil de Antonio, que siempre nos confundió a todos, no deja ver que su biografía extensa y fértil alberga muchas vidas diferentes. Y esas vidas, ¿cómo resumirlas sin fatigarlas a ustedes? ¿Cómo compendiarlas en un elogio?

He pensado en muchos artificios, como, por ejemplo, centrarme en cinco momentos: cinco momentos en que el niño nacido en Salamanca en 1927, que ha vivido los tiempos de plomo de la guerra y la posguerra, experimenta mudanzas de tránsito e iluminación. El primer momento lo emplazaría a los veinte años, cuando llega a Madrid en 1947 y descubre deslumbrado el Museo del Prado, y descubre igualmente aquel mundo de reflexión y de búsqueda que había entonces en la capital del país.

El segundo momento, exactamente diez años después, lo situaría en 1957, cuando termina la carrera, se casa, pone en marcha su estudio de arquitecto, contribuye a fundar el grupo El Paso y, tras sus viajes por Europa, introduce en España el empirismo nórdico y las enseñanzas de Aalto, e inicia su trayecto como profesor en la Escuela de Arquitectura de Madrid.

El tercer punto de inflexión estaría en 1967, cuando Antonio visita por primera vez América y la obra de Louis Kahn, otras de sus figuras tutelares, en un viaje con el médico Alberto Portera, uno de los amigos a los que le proyectó la casa, como al músico Luis de Pablo y a tantos otros, siempre ejerciendo la arquitectura como amistad. Un año, por cierto, que está en el umbral de una de sus primeras dimisiones: en 1968 renunció a ser director de la Escuela, pero no por fuga de sus compromisos cívicos, sino porque entendía que su compromiso intelectual lo ejercía de una forma más independiente en la soledad y en el silencio.

Otra charnela sería sin duda 1977. Con la restauración democrática, Antonio se vio obligado a manifestarse dispuesto a asumir responsabilidades institucionales, también efímeras, en la dirección de un Centro de Investigación de Nuevas Formas Expresivas, donde no llegó a completar siquiera un año. Y a partir de entonces, se produciría la dedicación (tan generosa en un arquitecto con su talento plástico) a la memoria y al pasado, a la restauración de monumentos.

Y con el año 1987 llegaríamos al quinto punto de inflexión, acompañado de otra de sus dimisiones, cuando deja el Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, que había dirigido como otras instituciones desde su fundación, y a la que

después no quiso acompañar en su singladura posterior, regresando a la intimidad de la reflexión y a esa soledad suya siempre fértil y activa.

Pero no me valían estas cinco inflexiones, y me dije: no, la vida de Antonio es mejor contarla por décadas. Y omitiendo las dos primeras, los años treinta de la infancia y los cuarenta de la adolescencia, pensé: vamos a hablar de las cinco décadas de Antonio. La de los años cuarenta, la del estudiante que en Madrid está en contacto con ese mundo de artistas, intelectuales y poetas que durante aquel tiempo privilegiado formaron lo que el rector llamaba antes la generación de los 50. La década de los sesenta, la de madurez creativa como arquitecto, en la que produce obras que han quedado para siempre en el canon de la arquitectura española, desde el organicismo de sus inicios, fruto de un entendimiento de lo que podría ser la modernidad adecuada para España. La década de los setenta después, en la que el ya catedrático construye formas monumentales más severas en la herencia de Kahn. Los años ochenta, dedicados sobre todo a la restauración de edificios históricos y al ejercicio y la enseñanza de la memoria. Y por último los noventa, en los que el académico Antonio Fernández Alba se convierte en constructor de campus universitarios, en Alcalá de Henares, en Ciudad Real, en Castellón, materializando una dispersa ciudad del saber como producto de un momento singular de renovación y fervor educativo.

Sin embargo, tampoco eso me valía. Ni las inflexiones, ni las décadas. Entonces pensé en referirme a sus diferentes personalidades, comenzando por la obvia del arquitecto. Pero qué puedo decir del arquitecto, el que ha construido el convento del Rollo y el Carmelo de San José en Salamanca, o el colegio Monfort de Loeches, obras mágicas donde se reconcilian la modernidad con las geometrías secas y adustas de la Castilla eterna, que están ya en cualquier libro de historia que consultemos, y que fueron tempranamente reconocidas —a través del Rollo, en 1963— con el Premio Nacional de Arquitectura.

Podría haber contado también su aspecto restaurador: restaurador del Observatorio Astronómico, del Jardín Botánico, del Hospital de Atocha, de la plaza mayor de Salamanca, de la

cúpula de la Clerecía, pero el Fernández Alba restaurador está en los libros y no tenemos que recordárselo a nadie. Y también fueron reconocidos de manera inmediata su talento y su excelencia con el Premio Nacional de Restauración que recibió en 1981 por la primera de su larga serie de restauraciones, el Observatorio Astronómico de Villanueva en Madrid.

Cabría hablar del profesor que ha sido también durante cuarenta años, una parte de los cuales he estado a su lado. Profesor primero, catedrático después, académico finalmente a partir de su ingreso en la Academia de Bellas Artes en 1987. Y director moral que ha sido siempre de la Escuela de Madrid. Un director que nos falta en nuestra galería de retratos. Porque como tantas otras veces, Antonio ejerció su magisterio a distancia, y de esa forma que aquí se ha descrito por el rector como lacónica, sobria, tan castellana, tan salmantina, de estar y no estar.

Deberíamos hablar igualmente de él como un intelectual crítico, con esa preocupación suya permanente por no dejarse seducir por las apariencias. El rector mencionaba «la lucha contra el simulacro», y es verdad, Antonio siempre ha estado con las ideas y contra las imágenes, con la razón y contra la seducción, siempre procurando ver el envés de la trama. Los propios títulos de sus libros retratan esa actitud. Yo edité uno de ellos, *Los axiomas del crepúsculo*, que resume bien a este Alba siempre crepuscular —contradiendo su nombre, porque él debía haber buscado, como tantas veces ha dicho, la ‘razón de la aurora’ de María Zambrano—. Sin embargo, Alba siempre se ha situado en el crepúsculo, quizás porque es entonces cuando la lechuza de Minerva emprende su vuelo.

Y es imprescindible referirse finalmente a su carrera de escritor, editor y promotor de aventuras culturales, una trayectoria marcada por la inquietud y el rechazo del conformismo. Si escribió sobre arquitectura española, fue sobre su crisis. Si lo hizo sobre la memoria, fue sobre la memoria velada. Y si fue sobre la metrópoli, era sobre la metrópoli vacía. Los axiomas, como ya hemos comentado, eran los del crepúsculo. Y hasta cuando escribía poemas eran antipoemas. Un pensamiento negativo dispuesto a sospechar que hay otra verdad oculta, y decidido a bus-

carla con radicalidad hasta sus últimas consecuencias. Es este último Antonio, un celebrado académico que sigue promoviendo revistas marginales, con esa conciencia de estar al mismo tiempo en el centro, en el corazón cordial del país y de sus instituciones, y en los márgenes, porque no quiere dejarse arrastrar por el discurso convencional.

Cinco puntos de inflexión, cinco décadas creativas, cinco personalidades y para no abusar de la paciencia de todos, he querido resumir a Antonio en dos rasgos, quizá para mí los más valiosos de su persona y de su trabajo. Uno es el artista secreto y otro es el amigo.

El artista secreto que es también el filósofo y el poeta secreto de los diarios, de los cuadernos. Antonio tiene una especie de gran iceberg oculto de cuadernos donde dibuja, croquiza, señala, anota reflexiones y citas, con ese ojo tan voraz que tiene y ese oído

tan agudo ante la metáfora lírica. Y luego los construye con la elegancia de manuscritos medievales. En esos cuadernos de Antonio está el itinerario íntimo de una reflexión ante el mundo. Alguien alguna vez editará los cuadernos de Antonio y nos hará un favor a todos, porque hay comprendido en ellos un pensamiento muy de nuestra época, un pensamiento fragmentario, hecho de pedazos que no llegan a tener conexión porque están hablando del estallido del pensamiento de nuestro tiempo; que busca la razón, pero a veces a través de pinceladas de intuición. Esos deslumbramientos, esos fogonazos que a veces emergían en su enseñanza. Emergían en las pizarras que algún conserje debidamente borraba, pero que todavía recuerdo: aquellas pizarras en las que de su mano y de su tiza apareció El Escorial o la Alhambra, y donde en directo ante los estudiantes construía espacios y lugares, memorias e ideas.

Aquellas pizarras eran como la punta del iceberg de ese gran continente de su pensamiento oculto en los cuadernos. Este es uno de los Antonios.

Y el otro Antonio que yo quería destacar de la misma manera es el Antonio de la amistad. El Antonio que de una forma tan generosa y al mismo tiempo incansable anda siempre en persecución de la excelencia y en búsqueda del valor y la inteligencia allá donde se encuentren. Alguna vez he pensado que tenemos muchos amigos comunes, pero cuando busco el hilo conductor me doy cuenta de que fue él quien me los presentó. Al final, en ese nudo de relaciones se comprende cómo Antonio supo con tantos de nosotros construir un tejido de emociones y de reflexiones que desborda con mucho la generosidad vital que cabe esperar en un profesor, en alguien que se entrega a sus alumnos y a los que le escuchan. Antonio fue en esto ejemplar e insólito. Siempre que regresaba de alguna con-

ferencia, de algún tribunal, de alguna tesis doctoral en otra ciudad y decía: «He conocido a alguien...», sabíamos que ese alguien a partir de entonces pasaría a formar parte de esta escuela dispersa, de esta relación de amigos, imprecisamente unidos y al mismo tiempo sólidamente vinculados por el lazo más estrecho y más fuerte, que es el aprecio mutuo.

Hoy en el crepúsculo, miles de campanas en el centenar largo de municipios de Cantabria van a tañer en un repique que celebra la quincuagésima edición del Festival de Santander. Muchas de ellas tienen grabado en su piel de bronce un rótulo latino, ‘Laudo Deum, festa decoro’: alabo a Dios, y celebro las fiestas. Por mi parte, quiero pensar que el lenguaje universal de las campanas sonará también en homenaje a Antonio Fernández Alba, cuya voz se ha escuchado durante casi medio siglo entre estos muros, sumándose a esta fiesta nuestra de admiración y amistad.

